La Furia de los Olvidados

Sara Carrasco

Capítulo 1

El fin de Everial

Con el tiempo he comprendido que no todas las pesadillas se viven soñando. Los peores monstruos toman forma humana, saben ser despiadados y se retroalimentan los unos de los otros. Es por eso que a medida que conozco a más personas, más entiendo a la soledad. Pero el aislamiento no es siempre una buena compañera, sobre todo cuando se deja la supervivencia en manos de la memoria. Soy consciente de todas las personas a las que he dejado atrás, de los errores que he cometido y de lo que podía haber hecho mucho mejor, pero ya no hay nada que pueda cambiar. Ya he conocido todos los tintes que tiene la tristeza y la peor es el desconsuelo que ya no te hace llorar pero sí que te vacía por dentro. Ya no tengo nada y las cadenas que cuelgan de mis muñecas me lo recuerdan cada día que paso confinada en este cascarón. Mi vida ya no es mía, la libertad se me ha privado y ahora mi existencia es igual o menos importante que la de un perro. El único consuelo que me queda es morir cuanto antes. Tal vez sean generosos y no me hagan sufrir demasiado.

—¡Hemos llegado a Declan! — se alcanzó a escuchar en la bodega del barco.

Las mujeres que me acompañaban en aquel calvario comenzaron a llorar desconsoladas. Sentía compasión por ellas porque todavía ansiaban la libertad. Yo, por el contrario, llevaba tantos días esperando que me llegara la muerte que la vida se me antojaba extraña mientras me sentaba esperando aquello que no sabía si llegaría.

—¡Arriba, malditas rameras! — vociferó un hombre fornido al que le escaseaban los dientes mientras bajaba las escaleras— ¡He dicho que arriba!

Me levanté del suelo, no sin esfuerzo, y esperé hasta que dieran las órdenes de marchar. Hubo mujeres que se negaron a obedecer y que recibieron fuertes golpes como respuesta. Al final todas nos pusimos en pie y aquello hombres comenzaron a ordenarnos por filas.

—¡En marcha!

Zarandearon mis cadenas y me obligaron a caminar. Salimos al exterior y la luz del sol me hirió los ojos. Los cerré para protegerlos, con la tan mala suerte que tropecé con el último escalón y estuve a punto de caerme de bruces contra el suelo, pero no lo hice.

—¿Es que no sabes caminar, estúpida? — me reprendió uno de los marineros mientras tiraba de mis ataduras.

Bajamos de aquel barco destartalado y nos llevaron escoltadas hasta lo que deduje que era una de las plazas principales la ciudad de Declan. Nos colocaron en fila como quien coloca su género de pescado en su puesto, y los hombres se pasearon delante nuestra sin reservarse sus risas y comentarios obscenos. Una mano me tocó la barbilla y me obligó a levantar la cabeza. Ante mí, un hombre con exceso de peso y el rostro empapado de sudor me miraba como quien mira un costillar recién cocinado.

—¿Cómo te llamas, niña?— demandó saber.

—¡Jaine, no toques mi mercancía sin comprar antes! — le reprendió el esclavista con muy mala uva.

Aparté mi cabeza de su húmedo contacto y volví a anclar la mirada en mis zapatos. Escuché cómo bufaba descontento, pero para mi sorpresa no hizo nada más: ni insultarme, ni pegarme. Nada.

—¡Empiezan las subastas, señores! — exclamó un hombre bien vestido con voz atronadora.

Agarraron a las muchachas de una en una, y las vendieron al mejor postor. Cuando llegó mi turno, la puja no tardó en comenzar.

—¡Una moneda de oro!

—¡Una de oro con cinco peniques de plata!

—¡Tres!

—¡Tres oros y cuatro peniques!

A medida que la puja aumentaba, curiosos se apiñaba entorno a nosotros, y la sonrisa de mi raptor se ensanchaba más y más imaginándose la gran cantidad de dinero con la que volvería a casa.

—Diez monedas.

Desconcertada, levanté la mirada buscando al propietario de aquella voz, pero no conseguí ubicarlo. ¿Diez monedas de oro? Aquello era una auténtica fortuna. Nunca había visto tanto dinero reunido y ni si quiera me lo podía ni imaginar.

—¡Vendido al soldado del cabello rubio! —exclamó el esclavista sin esperar

a que hubiera otra contraoferta.

Estaba ansioso por tener tanto dinero en las manos, sin duda, aquel día había sido un día productivo para él.

El comprador se acercó a la mesa y dejó la pesada bolsa de dinero sobre las zarpas de mi raptor. A diferencia del resto de apostantes, él no vestía con ropas caras y almidonadas. Llevaba un uniforme militar con capa desgastada, trataba de aparentar despreocupación y confianza por sí mismo, pero había algo que le mantenía preocupado.

—Se lleva una buena potranca, mi señor — comentó mientras el guerrero firmaba los papeles que me privaban de mi libertad—. Es sumisa y tranquila, no nos ha dado ningún tipo de problemas en el viaje. Sin duda, son diez monedas bien invertidas.

El que sería mi futuro amo, solo se limitó a asentir y sonreír mientras tomaba mis ataduras.

—Que tenga un buen día, señor Milo—se despidió tras leer su nombre en los documentos.

Milo me condujo por las calles mientras tiraba de mis cadenas. Todo el mundo se apartaba al verle, su uniforme y altura desprendía un aura de respeto que pocos ciudadanos se atrevían a contrariar aunque fuera con la mirada. Andaba rápido, obligándome a agilizar el paso sin tener en cuenta mis ataduras, que a cada paso que daba, las cuerdas se incrustaba en mi carne. Sentí gran alivio cuando por fin nos detuvimos. Se unió a dos soldados que descansaban junto a sus monturas.

—¿Qué has hecho, Milo? — le espetó el más alto y fornido de los guerreros.

—No te sulfures Ezra, es un regalo para el jefe.

—¿Una esclava? ¿Es que no lo conoces?

—¿Qué le pasa? —me tomó la barbilla y levantó mi rostro para que ambos guerreros pudieran observarme — ¿Es guapa, no?

—Ese no es el punto, Milo....

—¿Podemos discutir de camino al campamento, por favor? — intervino el tercer guerrero para apaciguarlos.

Sus compañeros asintieron y se subieron a sus monturas, dejándome atada a la silla de montar del tal Milo. No fue hasta que los caminos se

despejaron de viajeros, hasta que el tal Ezra rompió el silencio.

—¿Cómo te llamas chica?

—Keyla — mi voz sonaba rasposa como la arena, hacia tanto que no pronunciaba ninguna palabra que incluso mi voz me sonaba extraña.

—¿De dónde vienes?

Hubiera sido una pregunta más correcta decir que de dónde me habían raptado, pero decidí quedármelo para mí misma.

—Everial.

Un coro de improperios salió de la boca de aquellos hombres, nunca había visto a nadie maldecir con tanto ingenio.

—¡Joder, que mala suerte! — exclamó Milo.

—Eres un estúpido— le espetó el grandullón—. Te dará una buena paliza en cuanto te vea.

—¿Y a vosotros qué?

—Nosotros no le hemos traído una chica de un pueblo que se ha declarado enemigo del reino Asher — le recordó de nuevo.

Los tres se quedaron mudos al ver un grupo de soldados a doscientos pasos. Aquello fue raro, porque aquellos hombres llevaban el mismo uniforme que ellos, pero no iba a decir nada al respecto.

—Buenas, camaradas — saludó uno de aquellos soldados cuando llegó a nuestra altura —. ¿A dónde os dirigís?

—Hasta lo alto de la colina para pasar un buen rato, amigo mío — respondió Milo mientras me zarandeaba con las cuerdas.

—Sin duda es una buena jaca — respondieron entre risas los extraños.

—Sí, sí lo es —contestó Milo mientras se unía a sus carcajadas.

—Aun así, debéis volver antes de que caiga el sol. Los caminos son peligrosos y más habiendo conseguido herir a unos cuantos de esos bastardos rebeldes.

—¿Ha habido un ataque? — preguntó Ezra con curiosidad.

—Tenemos alguna que otra baja grave, pero esos cabrones se han ido bien malheridos. Seguro que se les quitan las ganas de asaltar caminos por unas semanas.

Aquellos hombres rieron, pero Milo y sus dos compañeros lo hicieron de forma diferente, aquella noticia no les había complacido.

Capítulo 2

La bienvenida sublevada

No estaba asustada, mi intuición me decía que no me iban a hacer nada en lo alto de la colina como habían insinuado hacía un instante. Se suponía que sería un regalo para su patrón, ¿Pero qué divertimento vale diez monedas de oro? ¿Además, qué clase de soldados eran ellos? Los tres habían mudado de expresión al escuchar aquella noticia sobre los rebeldes, e incluso cuando se enteraron de que provenía de Everial su reacción fue desproporcionada. Todo el continente conocía de la fama anarquista de mi tierra, fuimos los primeros en desobedecer las directrices de la monarquía asher y pese a no ser los primeros que cayeron, caímos. En cuanto salimos de los caminos reales, los soldados se permitieron relajarse, pero no fueron capaces de pronunciar palabra. Había algo que los mantenía preocupados.

—Adelantaos, yo me encargo — dijo el soldado que había apaciguado anteriormente a Milo y Ezra.

Aquel hombre detuvo su montura y comenzó a borrar nuestras huellas, o al menos eso creí porque me taparon los ojos con un trozo de tela. El camino era tortuoso y estuve a punto de torcerme el tobillo varias veces sino fuera porque ambos guerreros me tenían agarrada por los brazos. Era un día caluroso y solamente se alcanzaba a escuchar el sonido acompasado de los cascos de los caballos. Después de varios minutos, nos detuvimos y Milo me destapó la mirada. No pude evitar sorprenderme ante el campamento que tenía ante mis ojos. Estaba hecho de desperdicios: telas malgastadas, pistones de madera rotos, redes de pesca desgastadas...

Muchos se quedaron mirándome, comentaban con sus compañeros al respecto e inmediatamente, Milo me desató. Me acaricié las muñecas doloridas y me percaté de que tenía heridas más profundas de lo que me imaginaba por los múlltiples tirones que había recibido. El soldado posó su mano en la parte baja de mi espalda y me guió hasta una tienda donde un guerrero en calzones, con un muslo vendado y mucha sangre seca en su piel, se entretenía afilando su espada. Ni si quiera se inmutó cuando entramos, ni detuvo su labor. No hizo nada.

—¿Señor, se encuentra bien?—intervino Milo— Ya nos enteramos de lo que ocurrió. Una auténtica desgracia.

—No es nada, nos han tomado desprevenidos mientras cazábamos... — al levantar su mirada, incrustó toda su atención en mí. Era consciente de que debía bajar la mirada pero había algo en aquellos ojos que me resultaban familiares y al mismo tiempo intimidante. Cuando se detuvo en

mis muñecas, sus ojos escupieron pura furia — ¿Quién es ella? ¿Qué hace aquí?

—Señor, nos la encontramos en el camino y decidimos ayudarla.

Era asombrosa su capacidad para mentir, pero no fue suficiente para convencer a aquel hombre.

—Eres nuevo, por eso te doy una segunda oportunidad—comentó mientras dejaba la piedra con la que estaba afilando la hoja del arma en el suelo—. Pero vuelve a mentirme y te ataré a mi caballo y cabalgaré hasta el amanecer, hasta que tu rostro se desfigure y no te reconozca ni las putas a las que tanto frecuentas.

Milo no respondió al instante. Dedicó varios segundos para ordenar su mente y controlar su lengua.

—Es una esclava. La acababan de bajar del barco y creímos... Creí— rectificó rápidamente— que podría ser un buen regalo para usted.

—Nosotros no nos divertimos de esa forma.

—Lo supe después, cuando mis compañeros me informaron al respecto. La iba a liberar hasta que me informó de su procedencia — se tomó unos segundos, pero esta vez para dar una pausa dramática a su discurso —. Proviene de Everial, señor. ¡Es una rebelde del sistema como todos nosotros! Supuse que os gustaría conocer las circunstancias en las que se encuentra nuestro pueblo hermano al otro lado del Imperio.

Aquel hombre se quedó pensativo unos segundos, hasta que dijo por fin:—¡Xoel! —y uno de los soldados que custodiaban la puerta se introdujo en la tienda— Llévatelo ante el sayón y ordénale tres latigazos como castigo.

Milos abrió la boca, dispuesto a replicar aquella decisión, pero al instante se detuvo. Su compañero le tomó del brazo y le llevó fuera de la tienda. Confieso que no supe qué hacer, ni si quiera qué decir. ¿Debía seguir a Milos? Él era mi dueño, o al menos, él ostentaba los papeles de mi libertad. Pero el hombre que tenía delante ostentaba el poder de aquel improvisado asentamiento. ¿Qué debía hacer?

—Llegaron noticias de un ataque al otro extremo del continente— comentó sin interés mientras retomaba su labor con la espada —¿Ha habido sobrevivientes?

—No — el aire se escapó de mi cuerpo por unos segundos, decirlo por primera en alto me provocaba un dolor que ardía en el pecho—. Everial ha

muerto, ya no queda nada.

—Eso no es cierto— aquello me pilló desprevenida, levanté la mirada y vi que había dejado su espada y me observaba con gran seriedad—. Everial fue el que inició todo el movimiento revolucionario contra el Imperio Asher. Les debemos respeto y admiración, y hasta que todos los sublevados no muramos, Everial no morirá.

"Everial no morirá" me repetí de nuevo y aquello hizo que el pelo se me erizara y las lágrimas me empañaran los ojos. No entendía por qué estaba reaccionando de aquella forma, me había repetido centenares de veces que ya no quedaba ningún tipo de esperanza. Ni para mi pueblo, ni para mí. Pero que aquel hombre, que no me conocía de nada, tratara de animarme hizo que me diera cuenta que era muy vulnerable. Y le odié por ello, pero también se lo agradecí porque aquello era lo más humano que había sentido desde el inicio de mi esclavitud.

—Kael, el castigo va a comenzar.

Un hombre de avanzada edad entró en la tienda, apenas me miró. Su atención estaba exclusivamente puesta en su jefe.

—No me interesa asistir, Silas. Pero trata de que el fustigador no se pase con la fuerza. Quiero que sea un aviso, únicamente. No tiene culpa de que le hayan inculcado eso desde pequeño, pero debe aprender.

El anciano asintió y se marchó por el mismo lado en el que vino. Aunque me percaté de que antes de marcharse, en el momento en el que se volteó, aprovechó para darme un breve vistazo. Seguro que estaba en boca de todos. Era el chisme que entretendría al personal por lo menos durante una semana, y que aquel anciano me viera llorando, no iba a menguar el interés por mí.

Capítulo 3

Los fantasmas no son reales

—Aquí no tenemos esclavos, puedes hacer lo que te venga en gana— comentó el soldado mientras se levantaba, no sin esfuerzo por la herida, y se dirigía a su improvisado escritorio—. Puedes ir a cualquier lado que se te antoje, pero no podrás nombrarle a nadie donde has estado.

—Con todos mis respetos, señor. Pero no seré libre hasta que no destruya los papeles de mi esclavitud.

— ¿Y dónde están esos papeles?—demandó saber sin disimular el cansancio en su voz.

— Se lo entregaron al hombre que me compró en la ciudad, señor.

Asintió y seguidamente volvió a sentarse.

— No debes preocuparte, ordenaré que los quemen en cuanto Milo reciba su castigo.

Debería de estar contenta, pero por alguna razón que desconocía, no lo estaba.

—¿Ocurre algo? —demandó saber.

—No debería forzar la pierna, o abrirá de nuevo la herida — agarré un cuenco con agua y un trozo de tela limpia que descansaban en el suelo y caminé hasta estar a su lado—. Si me permite...

Me agaché ante él, mojé la tela en el agua y seguidamente, limpié la sangre seca de su piel.

—No es necesario que lo hagas— me espetó.

—Pero es lo que quiero hacer.

No sentía que le debía nada a este hombre pese a devolverme la libertad, pero mi madre me enseñó a cuidar de los enfermos, y ante todo, a nuestros guerreros. No podría dormir tranquila si hubiera sabido que no ayudé a un hombre con una herida infectada que le podría provocar la amputación de su pierna e incluso la vida. Le quité las vendas y mi cara debió expresar todo lo que pensaba, porque de inmediato aquel hombre se puso nervioso.

—Tenemos que volver a coser esta herida, limpiarla y hacerle unos puntos decentes—le informé—. ¿Cree que podrían facilitarme unas gasas limpias, aguja e hilo?

—Por supuesto.

Kael llamó a los hombres que custodiaban su puerta y pocos segundos después, apareció una anciana con todos los utensilios que había demandado.

—Te presento a la señora Yutema — dijo el guerrero mientras se recostaba sobre su silla—. Es la mujer que nos pone en cintura a todos.

—Es un placer, señora.

—¿Eres la esclava que ha traído Milo? — interrogó la anciana. Tenía la mirada fría y dura, no se molestaba en disimular que desconfiaba de mí.

—No es una esclava — la corrigió Kael—, ya no.

La anciana enhebró el hilo en la aguja y me lo ofreció.

—No tengo ningún sitio a donde ir — comenté sin apartar la mirada de la herida —. No sé cómo funcionan las cosas en este extremo del continente.

—Si no mienten las habladurías— intervino la anciana—, Everial nunca ha sido un lugar fijo.

Levanté la mirada para observar a aquella anciana y me sorprendió percatarme que ella no se estaba dirigiendo a mí, sino a Kael, que se mostraba ausente, como si aquella conversación no tuviera nada que ver con él.

—Cambiábamos nuestra ubicación periódicamente por seguridad, pero mi hogar era mi familia y mis amigos. Ahora no me queda nada, y lo único que sé hacer es luchar y limpiar heridas. No sé hacer nada más.

A media herida por coser, me levanté y aproveché para estirarme la espalda. Descubrí al guerrero mirándome con una intensidad apabullante. Tenía los ojos verdes, del color de las hojas del pino, y una profunda y pálida cicatriz que le recorría todo el pómulo derecho.

—¿Ocurre algo? — preguntó la anciana.

—Nada — dije mientras retomaba mi concentración en la cicatriz.

Cuando terminé de coser la herida, las manos comenzaron a temblarme. Dejé que la señora Yutema vendara la herida y me dediqué unos segundos para tranquilizarme. Me repetí varias veces que los muertos estaban mejor alimentando a la tierra y que era ahí donde debíamos dejarlos, porque era así como me habían educado, sobre todo cuando el pasado nos provocaba malas sensaciones que nos turbaban el razonamiento.

—Tal vez tengamos un sitio para ti— comentó el soldado mientras se analizaba la pierna—, tus conocimientos sobre medicina podrían sernos de gran ayuda. La señora Yutema te encontrará un lugar.

—Muchas gracias, señor.

Salí de la tienda con la señora sin pronunciar palabra. Me llevó a lo que parecía una improvisada lavandería y me ordenó tender mantas y ropa.

—Eres una chica guapa — comentó mientras me analizaba de arriba abajo—. Tal vez, un poco delgada y esas ataduras tienen un feo cicatrizaje, probablemente te quede marca para el resto de tu vida, pero créeme, cariño, te harán fuerte.

Me limité a asentir. Aquella señora me intimidaba, no solo porque fuera obvio que no llegaba a confiar en mi y que no iba a dejarme ni un minuto a solas, sino porque tenía la compostura propia de una persona curtida y poseedora de experiencia que solo los años pueden brindarte.

—¿Es un hombre guapo, verdad?

—¿Quién?—pregunté sin interés.

—Kael, ¿Quién si no iba a ser?—negué con la cabeza mientras me centraba en mi trabajo— ¡Pues claro que lo es! Además, tiene carácter... Los hombres con carácter carecen en este reino.

—¿Dónde estoy exactamente? — la interrumpí.

—Estás con los insurrectos, el pueblo revolucionario más problemático del reino Asher— mi cara debió demostrar mi desconocimiento porque preguntó con curiosidad—. ¿Nunca lo habías escuchado?

—No — dije con total sinceridad.

—¡Claro! Supongo que los everial tienen cosas más importantes en las que preocuparse —dijo emocionada — ¡Pero es fantástico, vosotros comenzasteis esta lucha! Fuisteis los primeros que se levantaron contra la

tiranía de los impuestos y los primeros que....

—Ya no existe Everial —la corté con hastío, no sabía por qué estaba tan enfadada, pero lo estaba.

—Pero tú...

—Soy una sobreviviente, tal vez la única— dije mientras agarraba una de las mantas y la doblaba tal vez con demasiado ímpetu—. Iba a ser vendida como esclava pero ese tal Milo me compró, sin saber de dónde provenía. Y no se lo recrimino, soy una muchacha del montón.

—Ese Milo...— negó con la cabeza en señal de desaprobación—... Menuda cabeza hueca, ese chico se merece ese escarmiento y más. ¡Y encima un regalo para Kael, cómo si él no hubiera pasado por el mismo calvario que tú! Se pasó las primeras noches llorando y queriendo volver a Everial...

—¿Es en serio?

—¡Claro! ¿No te suena? Por lo que escuché tampoco erais tantos para no conoceros. Aunque claro, Kael fue capturado muy pequeño. Tal vez tendría trece, cuando le trajeron a Damén atado y amordazado. Lo compró el señor Tendrak, uno de los peores cabrones de toda la ciudad. Le daba duro, incluso hasta dejarle inconsciente, pero conseguimos escapar de ese sitio.

—No conozco a ningún Kael, ese no es un nombre everial...

—Eso es porque es su nombre de esclavo—comentó la anciana con desinterés —. Todos los que hemos sido esclavos, hemos tenido uno. El mío era Esperanza, ¿Te lo puedes creer? El señor Tendrak era un mal nacido sarcástico que se creía gracioso.

Doblamos las sábanas en silencio y no pude quitarme de la cabeza a aquel muchacho de ojos verdes que años atrás me arrebató el corazón.

— Los muertos están mejor nutriendo a la tierra, y es ahí donde debemos dejarlos — murmuré, como si diciéndolo en alto tuviera más fuerza.

Capítulo 4

Lucha y sacrificio

Terminada la cena y lavadas las cacerolas, decidí ausentarme mientras el resto terminaba con su comida. Tomé un cuenco de estofado y fui directa a la tienda donde descansaba Kaled de su herida.

—No quiero que me traigan la cena — me espetó sin necesidad de levantar la mirada de su escritorio.

— Lo sé, me lo dijo la señora Yutema— comenté mientras dejaba el cuenco de comida sobre la mesa—. También me contó que eras de Everial.

—Y no mintió.

—¿Quién eres? Sé cómo te llaman, pero no sé quién eres realmente.

—¿Acaso importa? Eso fue una vida que ya dejé atrás.

—Everial nunca se deja atrás y nunca morirá si todavía existen personas comprometidas con la revolución—le recordé sus propias palabras.

—Kelya, muchas gracias por la comida, pero ahora mismo desearía estar a solas.

Me tomé unos segundos para pensar, hasta que me armé de valor ignorando su intento de echarme de la tienda y confesé: — Mentí cuando dije que fui la única sobreviviente.

— Explícate.

—Sobrevivieron unos pocos niños y una mujer embarazada, nada que asegurara la longevidad de Everial y mucho menos que le interese a usted, señor.

—No me llames señor.

—Pues no te voy a llamar Kaled— contraataqué.

—Mi pasado no es de tu incumbencia—repitió con hastío.

—No te he preguntado por tu pasado, te pregunto por tu nombre.

—¿Y acaso hay alguna diferencia? Solamente te hace falta saber mi nombre para saber todo de mí. Los muertos están mejor alimentando a la

tierra, y es ahí donde deben quedarse ¿no te lo repitieron las suficientes veces en tu hogar?

Respiré profundamente, no le iba a dar más vueltas al tema del nombre porque me aburría insistir.

—Nos pillaron desprevenidos—dije calmadamente—. Éramos meticulosos, borrábamos nuestras huellas y nos movíamos constantemente. Era imposible que nos descubrieran sin ningún tipo de ayuda. Llevaba unos días teniendo unas terribles pesadillas y me despertaba antes que todos, entonces aprovechaba para darles algún té o alguna infusión a los vigilantes. La mañana del ataque, cuando fui a hacer lo mismo que todas las mañanas, descubrí que a Marza le habían matado de un flechazo en el pecho. Salí corriendo, y una flecha voló a escasos metros de mi cabeza —aparté el pelo de mi rostro para que pudiera ver la fina cicatriz de mi pómulo izquierdo —. Entonces grité que nos estaban atacando y fue cuando el caos se apoderó de toda la aldea. Los pocos soldados que quedaban salieron de sus improvisadas tiendas y lucharon contra el ejército real. Lucharon bien, mataron a más de la mitad, pero había hombres en los árboles disparando. ¡Les daba igual matar a tres de sus hombres con tal de matar a un everial!

—Fue un ataque planeado...

—¡Nos delataron! — exclamé con demasiado fuerza.

—¿Qué paso con los niños y las mujeres?

—Las mujeres también lucharon. Luchábamos mano a mano con los hombres, guardándonos las espaldas y matando a soldados, pero cayó Manila. Yo me agaché a su lado y me dijo: "Hemos perdido, salva a los niños". La batalla todavía no estaba terminada, y los soldados luchaban como bestias porque sabían que su rebelión estaba terminando, pero que se irían llevándose a todos los bastardos que pudieran. Yo corrí en dirección a donde debían de estar resguardados los niños, y me encontré a dos soldados violando a Trasta. ¡Les maté y si hubiera sido por mí, les hubiera torturado hasta que me suplicaran que parara! pero tenía que resguardar a los niños. Tenía a Trasta en brazos, no podía correr todo lo rápido que podía pero así lo hice y... les escondí en una cueva que habíamos encontrado días atrás. Era húmeda y pequeña, la entrada estaba medio tapada por un derrumbe, pero era perfecta para esconderse hasta que aquellos hombres se marcharan— estaba hiperventilando, revivir aquella situación me estaba alterando —. Mi mejor amiga, estaba de parto y aunque me hubiera gustado ayudarla, no pude. Escuché voces fuera y con los gritos que daba, iba a atraer a más soldados todavía. Salí corriendo, haciendo ruido y desviando la atención de los dos soldados. Dejé que me capturaran una vez que estuvimos lo suficientemente lejos de allí y me llevaron atada de nuevo al campamento y fue entonces

cuando lo escuché... — sonreí al recordarlo —... En el viento había navegado el primer llanto de un recién nacido, y fue entonces cuando lloré. Lloré de felicidad, lo cual malinterpretaron mis captores, creyeron que no era una mujer guerrera como el resto y me vendieron a un esclavista que a su vez me vendió a Milo.

—¿Quién os pudo haber delatado?

—No lo sé— confesé—. Supongo que fue algún everial al que capturaron y torturaron hasta que habló. Aunque también es posible que uno de nosotros nos vendiera a cambio de dinero o tierras, pero prefiero no creerlo.

—Pero no te parece tan descabellada la idea.

—No, no me lo parece — anduve hacia un rincón con cojines y mantas y me senté—. Hubo un tiempo en el que todos sabíamos que nuestra rebelión ya no tendría futuro. Quedábamos pocos y a cada ataque moríamos más. Pero nadie se atrevía a decirlo en alto.

—¿Quién era la mujer embarazada?

—No importa ya. Everial ha muerto, y aquellos niños comenzaron una nueva vida en el momento en el que los soldados Asher arrasaron con fuego nuestro campamento — me quedé pensativa durante un momento, mirando a nada en particular, escuchando únicamente mis pensamientos — Tal vez les hicimos un favor. Llevo años durmiendo con un cuchillo bajo la almohada, sobresaltándome con los rumores que lleva el viento y lamentándome por todas las personas que dejé atrás. Me pregunto si merecerá la pena toda esta lucha. No tenemos ningún resultado, no tenemos nada.

—Si hay everial todavía vivos, significa que Everial no ha muerto — comentó de nuevo el guerrero.

—Tú mismo has borrado tu pasado. Lo rechazas. ¿Por qué ellos tienen que soportar un pasado del que tú mismo te has desligado? ¡No seas tan hipócrita!—exclamé cansada mientras veía cómo aquel hombre se acercaba a mi lado, no sin esfuerzo.

—No he renunciado a nada. Lidero a estos hombres que luchan cada día para debilitar a la monarquía Asher.

Se sentó a mi lado tras soltar un profundo suspiro y me miró con aquella profunda mirada verde que tan enamorada me tenía años atrás. Ya no era el mismo niño de hace diez años atrás, pero era él.

—Soy Azay, Kelya.

—Lo sé.

Capítulo 5

Dos amantes consumidos

Las lágrimas corrieron sin control por mis mejillas y un torbellino de emociones me hizo no parar hasta que el sol se escondió tras las montañas. Estaba feliz por estar con un everial que entendiera por lo que estaba pasando, pero al mismo tiempo recordaba a todos los que había dejado atrás y una profunda tristeza se agarraba a mi pecho con fuerza.

Había conseguido superar la muerte de Azay y no sin dificultad. Fue mi primer amor, y eso jamás se olvida, pero ahora le tenía de nuevo en mi vida y no sabía cómo reaccionar al respecto. Azay, o Kael como le llamaban en este lado del continente, era muy distinto al niño de mis recuerdos, había madurado, ya era un hombre curtido en centenares de batallas. Ya no era el chaval que me robaba besos tras los árboles y el que me susurraba al oído lo mucho que me quería.

Cuando por fin pude controlarme, me separé de su pecho mientras me apartaba las lágrimas de las mejillas.

—Lo siento, es solo que...

—No te preocupes, Kelya — dijo mientras se alisaba la camiseta con las manos —. Entiendo cómo debes sentirte ahora mismo.

—¿Me recordabas?

—Desde el momento en el que entraste por la puerta — comentó mientras posaba la mano sobre la parte baja de mi espalda y me acariciaba haciendo círculos con el dedo pulgar —. Pensé que eras un fantasma de mi pasado que venía a torturarme.

—Azay —susurré su nombre mientras le acariciaba aquella cicatriz que le recorría todo el pómulo —, cumplí con mi promesa lo mejor que pude.

—¿Mi hermana está viva?—preguntó esperanzado mientras tomaba mi mano y cesaba mis caricias.

—Sí, pero después del parto ya no puedo ayudarla más.

—Ya has hecho demasiado, no puedo compensarte todo lo que has hecho por mi familia.

—Y tú me has devuelto la libertad— le recordé mientras sonreía —. Ya no

hay deuda que pueda valer entre nosotros.

—Dedicaste tu vida a la protección de mi hermana, y diste tu libertad a cambio de proteger a ella y a su hijo.

—Tal vez fuese una niña— comenté distraída mientras acariciaba su antebrazo.

—Créeme, que sea niño o niña me produce la misma alegría.

Hablamos durante horas, aunque sería más correcto decir que yo fui la que hablé. Le conté todo sobre su hermana, de cómo se enamoró de su mejor amigo, Famil, y cómo superó su muerte tras uno de los ataques asher. Eissa fue mi compañera, en las buenas y en las malas, compartimos lágrimas y sonrisas, y dejarla fue cómo perder a una hermana, amiga y madre al mismo tiempo, otra vez...

—Tengo sueño— comenté—, debería marcharme antes de que la señora Yutema se enfade conmigo.

—Aquí hay espacio para las dos— comentó tratando de que fuera de forma desinteresada, pero no lo consiguió.

—¿Insinúas que duerma contigo?

—¿Es demasiado mojigato que te escandalices, no crees?—dijo mientras levantaba ambas cejas— Hemos llegado a dormir más de quince personas apelotonadas en una misma tienda en pleno invierno.

—Tú siempre te recostabas a mi lado y me tomabas de la mano — dije mientras le recolocaba un mechón tras la oreja —. Y siempre aprovechabas cuando todo el mundo estaba dormido para robarme un beso.

—¿Robar? —dijo con una sonrisa en la boca —Tú eras la que me despertaba besándome en los labios. Además, no quieres dormir con la señora Yutema, grita y blasfema en sueños, créeme—dijo con sorna, haciéndome reír.

—Pues entonces tendré que dormir por esta noche aquí— dije en apenas un susurro mientras me derretía bajo su mirada.

Azay se tumbó, colocándose uno de los almohadones debajo de la cabeza y dejándome otro para mí. Me tumbé, cerré los ojos y traté de llevar mi mente a otro lugar más tranquilo, pero por mucho que me esforcé en descansar, no pude.

—¿Estás despierto? — susurré.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte una cosa?— me tomé el silencio como una afirmación—¿Por qué no querías decirme quién eres?

—No lo sé.

Corté la distancia que nos separaba y apoyé mi mano sobre su pecho.

—Somos adultos, y sabemos que el amor en nuestra vida no es más que un lastre— comentó mientras posaba su mano sobre la mía únicamente para quitarla de su pecho—. Solo fue un amor infantil, yo tenía catorce años y tu trece. Han pasado diez años desde que no nos vemos, no hay amor, solo buenos recuerdos.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse, pero hice el esfuerzo de aguantarme. Me sentía una estúpida por pretender que lo nuestro todavía seguía vivo pese a los años. Nunca me habían criado para ser una ilusa y soñadora, y ese dolor que sentía me lo había provocado yo misma por ser tan estúpida.

—Lo siento —susurré mientras me separaba de él.

—No—dijo en un tono lo suficientemente alto como para sobresaltarme—. Quédate a mi lado, por favor.

Así lo hice, me quedé a su lado escuchando su respiración. Volví a posar la mano sobre su pecho y esta vez él no la apartó. Este hombre era confuso cuanto menos. En un momento me decía que lo nuestro no era más que un amor infantil consumido por el tiempo y después me pedía que durmiera a su lado. ¿Qué se suponía que debía hacer?

En algún momento me quedé dormida y me desperté con los primeros rayos de luz que se colaban entre la tela. Cuando traté de moverme no pude, ya que dos pesados brazos me tenían acorralada. El rostro de Azay descansaba sobre mi pecho, tranquilo y relajado. Me pregunté cuántas veces ese hombre se había sentido en paz desde que salió de Everial, cuántas noches podía haber conciliado sin que las pesadillas les torturasen o cuántas noches había dormido de verdad y no en un estado de trance en el que eres semiconsciente de todo lo que te pasa alrededor. Kaled se movió, colocándose a mi lado, su rostro a escasos centímetros del mío. Rompí con nuestra distancia y le di un beso casto en los labios. Él abrió los ojos, esos ojos verdes esmeralda que habían robado mi corazón desde hace mucho tiempo, y sonrió.

—Buenos días — le susurré.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?—dije mientras le posaba una mano sobre la mandíbula.

—No recordaba lo que era dormir una noche entera.

—Me alegro de ser tu leche con pilusa.

—¡Oh, divina pilusa! Te sorprendería lo que sería capaz de dar por una taza de esa hierva—comentó mientras se desperezaba.

—¿Aquí no hay pilusa? ¿No tenéis infusiones para conciliar el sueño?

—¡Qué va a haber! — dijo con sarcasmo mientras rodaba y se colocaba a horcajadas sobre mi cadera — Te he echado de menos —comentó serio, yo tomé uno de los cordones que colgaban de su camisa y jugué con él con mis dedos—. Lamento lo que te dije ayer pero estoy confundido. Estuve años convenciéndome de que estabas muerta porque era la única forma de despojarme del dolor que me producía haber perdido. Y ahora...

—Señor, necesitamos que...— un hombre entró por la puerta de tela y se detuvo en el momento en el que nos vio en esa situación.

—Espero que sea importante, Borban — comentó Azay mientras se incorporaba.

—Sí, señor, ha habido otro ataque.

Capítulo 6

Dolido pero no magullado

Azay salió de la tienda dejándome sola y envuelta entre las ásperas mantas. Pero yo no iba a quedarme atrás, no iba a permitir que ningún ataque me pillara durmiendo, por lo que corrí a alistarme. La ropa que me había prestado la señora Yutema me quedaba grande y temía que en un mal movimiento los pantalones acabaran en mis tobillos. No entendía cómo en un grupo de revolucionarios hubiera personas con sobrepeso, pero las había.

Salí corriendo de la tienda y me detuve al escuchar unos gritos procedentes de una tienda cercana. Al asomarme, actué sin pensar.

—¡Quietos! — aquellos hombres se giraron hacia mí, sorprendidos de ver a una mujer en aquel sitio — Si tratáis de colocarle el hombro de esa forma, le podéis dejar inválido para toda la vida.

—¿Quién eres tú? — me espetó un hombre de mediana edad que inmovilizaba al herido.

—Es la esclava que trajo Milos, doctor — espetó otro mientras forzaba el hombro del enfermo.

—¡Parad! — gritó el enfermo — No pienso quedarme tullido para toda la vida por tres cabeza huecas como vosotros.

Sus compañeros se separaron de él, aunque no en silencio.

—¿Cómo te llamas? — le pregunté mientras me acercaba a él.

—Lian.

Era un hombre atractivo, rubio y de ojos color miel. Pese a su hombro, tenía una musculatura de un guerrero.

—Encantada, Liam— le sonreí para tranquilizarle—. Necesito que respires profundamente y expulses el aire con tranquilidad. Varias veces.

Aquel hombre me hizo caso, y cuando vi la oportunidad, le coloqué el brazo rápidamente. Aquel hombre soltó una exclamación más de sorpresa que de dolor y movió el hombro en lentos círculos, todavía sin creérselo.

—Gracias...

— Me llamo Kelya.

—Te debo una, Kelya — y me dedicó una sonrisa que me hizo sonreír como una niña pequeña.

—¿Que ha ocurrido? — la voz inconfundible de Azay, resonó por toda la tienda, provocando que todos los presentes se tensaran al instante.

—Señor, nos vimos obligados a actuar — explicó Lian mientras yo le vendaba el hombro—. Se acercaron demasiado a los límites, y tuvimos que actuar. Están muertos todos, hemos borrado las huellas y desecho de los cuerpos.

—¿Y cómo te has hecho eso? — le espetó.

—Caí del árbol cuando uno de los guerreros me lanzó una piedra. Kelya me ha vuelto a colocar el hombro.

— Este no es tu cometido, es el del doctor Ciro — me recriminó con dureza —. Deberías estar preparando el desayuno con la señora Yutema y no jugando a ser un hombre.

Me limité a bajar la mirada, no me interesaba enfrentarlo, al menos no delante de sus propios hombres. Pero me sentía humillada y no sería capaz de perdonarlo fácilmente. Salí de aquella tienda sin decir ni una palabra y fui con la señora Yutema, que no esperó ni un segundo en darme órdenes. Pero ni siquiera mantenerme ocupada reducía un poco mi enfado. No entendía cómo después de pasar una noche tranquila y relajada, se comportara de esa forma por estar delante de sus hombres.

—Kelya —me volteé, e inmediatamente sonreí al ver que era Lian—, no sé si te di las gracias antes de que te marcharas.

Ese hombre tenía la habilidad de hipnotizar con su sonrisa.

—Sí, sí que lo hiciste. ¿Qué tal el hombro?

—¿Puedo acompañarte en la comida? — asentí y se sentó a mi lado — Me duele, pero sabiendo que he estado a punto de quedarme inválido para el resto de mi vida, me alegra sentir dolor.

Sonreí y retomé mi comida.

—Debes mantenerlo inmovilizado durante un tiempo o volverá a desencajarse.

—¿Nada de disparar por una temporada, entonces?

— Nada de disparar por una buena temporada— contesté.

Liam me puso al corriente de lo que ocurría en aquel campamento. Erza, Milo y Uteri, el soldado apaciguador, eran tres de los ocho soldados que iban de vez en cuando a la ciudad para tratar de sonsacar información. Al parecer eran buenos y habían podido dar golpes más que dolorosos, pero aun así no eran suficientes, todos estaban a expensas de un ataque que fuera el definitivo.

— Está bien aspirar a algo más grande — comenté mientras rebañaba mi cuenco—, creo que ese fue uno de los fallos que hizo que Everial desapareciera. Llevábamos unos días en los que solo nos limitábamos a sobrevivir, nada más.

— Me gustan las mujeres luchadoras como tú, que tratáis de avanzar pese a tener todas las circunstancias en contra.

Le observé durante unos segundos tratando de ver más allá de su coraza de amabilidad y felicidad, pero no hallé otra cosa que no fuera sinceridad. Aquel hombre me estaba cortejando y no sabía muy bien cómo actuar al respecto.

—Lian, la señora Yutema quiere hablar contigo— mi acompañante se levantó de inmediato.

— Gracias, señor Kael — dijo mientras se marchaba.

Observé cómo se alejaba, sin poder obviar el hermoso trasero que tenía aquel el guerrero. Me alegraba saber que no solamente era su personalidad y sonrisa lo único bello en él.

— Kelya, necesito hablar contigo— Azay se dio la vuelta—. En mi tienda.

Me levanté de mi asiento y anduve hasta su tienda, donde me esperaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Lo que ha ocurrido esta mañana no puede volver a ocurrir — dijo com dureza una vez solos— No puedes andar por aquí como si mandaras, todo lo que ocurre aquí pasa por mi y en su defecto por mi mano derecha, Borban.

— Aquellos hombres iban a dejar a Lian inválido— le recordé—, ¿En serio, necesitaba consultarte antes de colocarle aquel hombro?

—Sí, y cuando te mande hacer algo, lo harás sin reproches. ¿Has

entendido?

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Recoge tus cosas, volverás a dormir en la tienda con Yutema. No quiero que los demás hombres piensen que te doy ningún trato especial por acostarme contigo.

—¿Eso es todo?— pregunté sin disimular mi estupor.

—Sí.

—¿No vas a decir nada más? En la tienda por poco me matas con la mirada, y la forma de tratarme... ¿Dónde está el hombre de esta mañana?

—Soy el mismo, y ahora te digo que te marches.

—No quiero.

— Kelya... —Gruñó mientras me tomaba del brazo con fuerza.

Intuitivamente, golpeé su antebrazo con el dorso del puño que tenía libre, haciendo que su agarre se aflojara y consiguiera liberar mi brazo, al mismo tiempo que le encajaba el dorso de mi puño en su mejilla izquierda. No le hice daño, estaba más sorprendido que magullado, pero aun así se le notaba dolido.

—¿No eres lo suficientemente valiente para hablar? ¡Adelante! ¡Peleemos! — exclamé sin ser consciente de mi tono de voz—Yo ya no necesito que nadie me defienda, ni quiero a hombres que todavía no han madurado. No voy a esperar toda una vida para que te decidas a ordenar tus sentimientos, hay muchos más hombres interesados en mí.

Le di la espalda, y salí de aquel lugar con una rabia contenida que me hacía querer gritar y golpear. Fui directa a la tienda donde Yutema me había hecho un pequeño hueco y fue entonces cuando me permití llorar. Me odié por ello. Yo, que juré en su día no llorarle nunca más... ¡Pero qué estúpida era!

Capítulo 7

Todavía estás conmigo

Había pasado más de nueve días desde mi pelea con Azay y ninguno de los dos había hecho el esfuerzo de hablar con el otro. Los dos éramos orgullosos y tozudos como mulas, tanto que ni si quiera me habló para retirarle los puntos de la pierna. Llamó a ese estúpido del doctor Ciro, que no era más que un soldado que creía saber de medicina pero que no sabía ni si quiera vendar una herida en condiciones. Pero decidí no darle más vueltas al asunto, si Azay se pensaba que iba a consumirme en mi trsiteza, estaba más que equivocado. Hablé con Lian y él me ayudó a incorporarme en aquel grupo de hombres. No fue fácil, porque ellos me veían como una mujer débil a la que tendrían que proteger, pero poco a poco se dieron cuenta que mis conocimientos de medicina y botánica eran muy valiosos. Tuve que conocer sus costumbres y adecuarme a sus rutinas, pero no fue complicado. Lo realmente complejo era conciliar el sueño, y por falta de pilusa, trataba de despejarme dando paseos por los alrededores del campamento. Aquel sitio estaba lleno de vegetación, había decenas de desniveles que hacían imposible llegar a caballo y era muy fácil perderse, por eso no me alejaba más allá de los límites donde los guardias pudieran vigilarme.

—Deberías tener un poco de cuidado — asustada, volteé hacia quien hablaba. Era Silas, el hombre que había sido capaz de apaciguar a Ezra y Milo —. He tenido que borrar tus huellas.

— Creía que no hacía falta, siempre las borro cuando vuelvo a casa.

—Siempre hace falta si quieres vivir en incógnito.

—Habló el que frecuenta la ciudad y habla con los enemigos—comenté con sorna.

— Culpable — sonrió, mostrando una elegante pero traviesa sonrisa—. Me llamo Silas.

— Kelya.

—Lo sé, los hombres no paran de hablar de ti.

—Espero que digan cosas buenas.

— Le colocaste el hombro a Lian y evitaste que se quedara lisiado para el resto de su vida. A partir de ahora, los hombres solamente dejarán su

vida en tus manos.

—¿No hay más doctores en el campamento?

—Solamente unos hombres que dicen saber de medicina pero que hemos comprobado que sobrevaloraban su talento, si se puede llamar talento a eso que hacen.

Anduvo lentamente hacia mí, acortando la distancia entre ambos a cada paso.

—Perdona por haberte tratado como una esclava.

—Era una esclava— recordé que mis papeles no estaban destruidos y no quería ni que pasara una noche más sin asegurarme sin que desaparecieran—. Pero ya da igual, debemos volver al campamento antes de que anochezca.

—Te acompaño.

Anduvimos en silencio, y cuando llegamos al campamento, todavía había cierta actividad. Estaban terminando de dejar todo preparado para la noche, los guardias planeaban sus turnos de vigilancia y yo, aproveché para ir a la tienda de Azay antes de que anocheciera y se enfadara por no acatar su orden de no pasar la noche allí. Pero una vez que llegué, no había nadie.

—¿Silas, también?

Giré sobre mis talones, sobresaltada por aquel ruido. Azay estaba en la puerta, mirándome con cara de pocos amigos.

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada? — me espetó.

— Tomé una vuelta para relajarme y Silas me regañó por dejar tantas huellas. Aun así, no entiendo por qué debo de dar explicaciones a un hombre que no quiere saber nada de mí.

—¿Es que no te das cuenta de que puede ser peligroso?

—¿Silas podría hacerme daño?— demandé saber.

—Es un hombre, que lo conozcas no significa que sea buena persona ¿quién sabe lo que podrían hacer a una mujer que está sola en el bosque?

—Sé defenderme.

—No tienes la fuerza de un hombre—me recordó.

—¿A qué viene este repentino interés por mí? ¡Si de verdad quieres protegerme, destruye los papeles de mi esclavitud! — bajo su fachada de imperturbabilidad, un brillo de sorpresa cruzó su mirada, dándome a entender muchas cosas— No lo has hecho todavía... ¡Sigo siendo tu esclava!

—No, de eso nada.

—¿Pues a qué esperas? ¡Destruye esos malditos papeles!

Azay salió de la tienda y yo me quedé allí, esperando. Los segundos parecían horas hasta que llegó con los papeles en la mano. Me tomó del brazo para acercarme a la lámpara de aceite que iluminaba la pequeña tienda.

—¿Haces tú los honores o lo hago yo?

Antes de responderle, ojeé aquella hoja para comprobar que eran los papeles adecuados. Cuando tu libertad está en juego, toda preocupación es poca. Una vez segura, acerqué el papel a la llama, y aquello comenzó a arder con rapidez. Antes de que se consumiera del todo, lo tiré al suelo y Azay lo pisó, dejando solamente las cenizas.

—Ya está — dijo en apenas un hilo de voz.

—No, todavía no está. ¿Qué ha sido eso? —demandé saber—¿Acaso son celos? No puedes decirme que lo nuestro está acabado y luego ponerte como una furia al verme con otro hombre. Te agradezco que me hayas devuelto la libertad pero...

No me dejó terminar, me besó en los labios y cuando conseguí salir del estupor, respondí a sus besos con la ferocidad y desesperación que se siente cuando crees que se va a marchitar todo cuanto tienes alrededor. Me tomó entre sus brazos y me levantó del suelo. Una exclamación de dolor, hizo que me despegara de su boca y recordara que estaba herido en el muslo. Hice que me bajara al suelo.

—Debes tener cuidado, estás recuperándote de una herida.

—No es nada.

— Sí que lo es— le tomé de la mano y le llevé al rincón de las sábanas, le chequeé la herida y no reprimí la sorpresa de ver la herida completamente

curada.

—Está bien.

—Solo has tenido suerte, debes tener cuidado.

Dicho aquello, le besé la cicatriz y avancé poco a poco hasta su cara, dejando un reguero de besos por todo su pecho y cuello.

—No sé si me acuerdo de como se hacía esto — le susurré antes de atrapar su oreja con mis dientes.

Como no respondió, me puse a horcajadas sobre él y le observé. Estaba boquiabierto, sus ojos ardían de pasión y gritaban "más".

—¿Me guiarás como en los viejos tiempos?

—Sí.

Capítulo 8

No digas nada

Cuando abrí los ojos, me costó un buen rato volver a situarme. Había tenido un sueño tan realista que me había dejado desorientada, y ni siquiera sabía que eso podía ser posible. Había soñado con mi familia: mi madre etiquetaba sus frascos de ungüentos, mi padre afilaba su espada, y mientras, Avis y yo, hacíamos figuras con un trozo de cuerda en los dedos. Había sido tan real que creí haber olido el delicioso bizcocho de mi madre enfriándose sobre la mesa. No pasaba nada transcendental, les hablé sobre lo seca que tenía la piel y de la falta que me hacía la pilusa para conciliar el sueño. ¿Raro, verdad? Por fin me había podido reunir con mi familia y le hablaba de puras banalidades sin fundamento.

La felicidad se esfumó en el momento en que por fin comprendí donde estaba. Dispuesta a que la melancolía no se adueñara de mí, me obligué a salir de la cama. Me lavé, me vestí con las mismas ropas que había usado el día anterior y entonces me percaté de que ya debía ser la hora de pedir más ropa a Yutema, al menos otra muda limpia para tener una de recambio cuando la otra estuviese colgada junto con el resto de la colada. Mientras trataba de desenredarme el cabello con los dedos, comprendí que aquel día no podría domarlo, así que recogí mi melena castaña en una trenza.

Otra ráfaga de tristeza me removió por dentro. ¿Qué hacía aquí? ¿Qué era lo que perseguía? Nada tenía sentido, había perdido la razón que me movía a luchar, ni si quiera aquel lema que repetí hasta la saciedad, "libres o muertos", significaba algo para mi. Este no era mi pueblo, los ideales de esta revolución ya no me representaban...

—¿Qué hago aquí? — me dije a mi misma, mientras me masajeaba la frente.

—Seguir luchando.

Asustada, di un respingo y me volteé hacia la puerta, donde Azay me observaba serio con dos cuencos sobre sus manos.

—¿Qué lucha, Azay?— pregunté mientras me reponía del susto— Yo luchaba para que mi familia no viviera exclusivamente para pagar impuestos, luchaba por unos derechos que me hicieran diferenciarme de los animales, luchaba para que mis futuros hijos tuvieran una vida mejor ¿Pero ahora? ¿Qué hago? No tengo a nadie y ni siquiera tengo ganas de luchar. ¡Ojala hubiera terminado mi lucha con el resto de Everial, ojalá...!

—No lo digas — me cortó con brusquedad —, no quiero que lo digas ni aunque sea en broma.

—Ojalá hubiera muerto con el resto de mi familia.

Ya no tenía ganas de llorar, estaba triste y muy dolida. Apenas tenía fuerzas para salir de la tienda y mucho menos para discutir. Volvía a sentarme sobre las sábanas y Azay me brindó su compañía. No pronunció nada, simplemente me envolvió con sus brazos y me dio el silencio que tanto necesitaba.

—Estoy cansada, Azay — murmuré entre su pecho.

—Llora, te purificará por dentro.

—No hay nada que purificar ya, estoy podrida. ¡Cómo todos los que hemos crecido en esta estúpida guerra! — exclamé con desazón—En el barco de camino hasta este infierno me peleé por un mendrugo de pan duro con una mujer, y acabé golpeándola contra el suelo hasta que se quedó sin sentido. ¡Cómo si fuera un maldito perro! Eso es a lo que se ha resumido todo, a luchar como perros.

—No estás sola, somos una familia.

—Yo no pertenezco a este sitio, esta no es mi familia.

— Sí que lo es —insistió.

El silencio volvió a caer entre los dos, agradeciéndolo enormemente.

—Quiero renovar los votos que te hice en Everial — le miré con sorpresa, no sabía a que se refería hasta que se sacó una cuerda del bolsillo, provocando que me riera —. Ya sé que no es una trenza de tela y tampoco es de color azul, pero no he encontrado nada más.

—¿Vas a... ?—dije sin saber muy bien qué decir.

—Los votos se rompen porque el amor se agota, pero en nuestro caso fue por un motivo muy distinto. Los dioses nos han dado otra oportunidad para seguir estando juntos.

—Lo siento — dije mientras le tomaba la mano y le posaba un beso sobre sus labios—. Pero todavía estamos confusos. No quiero tomar una decisión tan importante por un ataque de compasión, de celos o lo que sea. ¿Entiendes?

—Pero...

—Te quiero—le interrumpí —, tú me quieres y debería ser lo único que debería de importarnos.

Nos besamos con ternura, y nos sobresaltamos cuando escuchamos a la señora Yutema entrar en la tienda como un vendaval.

—No voy a hacer sola todo el trabajo porque dos muchachos decidan pasarse todo el día entre arrumacos.

Azay no quitó sus manos de encima, al contrario, rió divertido al ver el enfado de la anciana.

—Yute, te presento a la chica de Everial de la que te hablé hace tiempo.

La cara de la anciana mutó de enfado a sorpresa y seguidamente a una incrédula felicidad.

—¿Ella es...?

—Si — afirmó Azay sin dejar que terminara.

—¿La muchacha por la que suspirabas cada noche y le pedías a tus dioses que la protegieran?

—¿Eso hacías? — dije mientras le miraba con una sonrisa divertida pintada en la cara.

—No te mentí cuando te dije que nunca fui capaz de olvidarte del todo— dijo con una sonrisa en la boca.

—Ella es tu esposa...— murmuró la anciana con los ojos empañados en lágrimas. Se arrodilló ante mí y me tomó de las manos —. Recé a mi Dios para que le compensara después de tantos años de dolor y apareces tú. ¡Alavado sea! —pero aquella felicidad se vio enturbiada por unos momentos —¿Y tú cuanto tiempo ibas a esperar para contármelo, cabeza dura?

Azay soltó una exclamación de dolor cuando la anciana le golpeó el hombro con la intención de sonsacarle respuestas

—¿Esposa? — pregunté confundida.

Nuestra relación nunca había sido otra cosa que unos votos murmurados al oído para no despertar a nadie. Fue una promesa de amor incondicional, de respeto y de fidelidad que desapareció en el momento en

el que pensamos que la muerte nos había desaparecido.

—A Yute le da especial emoción porque se casó con su marido de forma clandestina— me informó mi compañero—. En Everial solamente era una promesa pero aquí es como estar casado.

—¿Entonces eres mi marido sin yo saberlo? — sonreí y él sonrió también.

—No hasta que no renovemos los votos.

Me robó un beso y rápidamente se levantó, dejándonos a Yute y a expectantes.

—Debo cumplir con mis obligaciones, os dejo a solas.

—¡Ahora entiendo por qué andabas tan risueño a la hora del desayuno, granuja!

Una sonrisa suave como el terciopelo brotó de la garganta de Azay e hizo que me invadiera una sensación cálida por todo el cuerpo.

—Niña, eres la respuesta a tantos años de frustración. Comenzaba a dudar en el poder de mi Dios, pero, cariño — me tomó el rostro con las manos y me dio un beso en los labios —, eres la esperanza que nos faltaba.

—Yo no soy...

—No hables— me interrumpió—, no digas nada.

Capítulo 9

Malos presentimientos

Azay y yo disfrutamos de cada minuto que teníamos libres, que no eran muchos, para darnos todos esos besos que se quedaron pendientes en los diez años cuando la falsa muerte nos separó. Recuperé la alegría y el apetito, comencé a saborear las cosas y me esforcé aún más en conocer a mis compañeros, o como ellos querían ser llamados, los insurrectos. Después de hablar con ellos, me percaté de que no tenía tan bien dominado su idioma como creía. Siempre había hablado el lenguaje del imperio en momentos muy concretos de mi vida, por lo que me faltaba vocabulario y soltura a la hora de explicarme. Pero aun así, mi acento no era tan marcado como para darse cuenta que no era de Damén en cuanto abriera la boca.

Por fin, después de tanto tiempo investigando de por qué aquel sitio era tan desconocido pese a los ataques y pese a las idas y venidas de los falsos soldados como Milo, era que aquel bosque era tan espeso que había zonas en las que nunca se había llegado a descubrir. ¿Una locura, verdad?

— Ya han llegado los muchachos— me informó Yutema mientras removía el estofado —. Espero que no traigan malas noticias, ¡Estoy harta de tanta tristeza!

Milo y el resto eran de los pocos que podían moverse en la ciudad sin llamar la atención. Tenía labia, tal vez demasiada, pero era perfecto para sacar información a los soldados de la guardia real cuando frecuentaban las tabernas y los prostíbulos. Milos, Erza y Silas fueron directos a la tienda de Azay , sin pararse a hablar a nadie, sin mostrar ninguna emoción en su semblante. Nada.

— No tengo buenas sensaciones — comenté.

—Espero que tu intuición esté equivocada, niña.

Borban, la segunda mano de Azay, se sentó a mi lado con una sonrisa tranquilizadora en el rostro.

—¿Y esas caras tan largas, mujeres?

—Tenemos un mal presentimiento, cariño —respondió Yutema sin apartar la mirada del puchero.

—Agoreras — comentó sin más —. ¿Qué hay hoy para llenar la panza,

abuela?

—Lo de casi todos los días, estofado —comentó la anciana sin mucho interés.

—Kelya —se acercó a mi oído hasta que pude notar su aliento húmedo al hablar —, Azay ha estado...

Aquello me dejó petrificada. Aunque ahora que lo pensaba, ¿Desde cuándo no...? ¡Oh por los dioses! Era una idea estúpida.

Borban se separó de mi oreja de un saltó mientras exclamaba de dolor y se frotaba la rodilla dolorida.

—¿Vieja, pero qué te pasa? — dijo molesto por el golpe que la señora Yutema le había propinado en la rodilla con su cucharón de madera.

—¡Atrás! — le apuntó con la cuchara de madera como si estuviera esgrimiendo una espada—Búscate a otra muchacha que no esté ya casada.

Borban fue a contestar algo, pero en cuanto salieron los falsos soldados de la tienda del que era mi marido a los ojos de la anciana, se levantó de inmediato.

—Tenéis que disculparme — dijo antes de marchar.

Miré a Yutema y supe al instante que compartía la misma preocupación.

—¿Qué te decía ese insensato? — preguntó la anciana para cambiar de tema y rellenar el tenso silencio.

—Azay se ha percatado de que debería de estar en mis días.

—Has pasado por un calvario en menos de dos meses, tampoco es tan raro —comentó la anciana sin ningún tipo de interés —. Mi hermana no la tuvo hasta los dieciséis años por los nervios que le provocó la guerra.

—¿Y quién se lo dice ahora? — pregunté con preocupación — Es obvio que no va a estar de humor para recibir otra mala noticia. Voy a hacerle daño.

—A cada día que esperes, mayor ilusión tendrá y más grande será la herida. Si quieres un consejo, hazlo después de la cena. Los males se afrontan de otra forma con el estómago lleno.

Tomé dos cuencos de estofado y me dirigí a su tienda. Sabía que nunca se saltaría una comida pese a no tener hambre, pero aun así, sabía que tenía

por costumbre cenar solo en su tienda cuando estaba preocupado o enfadado. Lo hacía para pensar, para maquinar nuevos objetivos o planes, y nadie le reprochaba su ausencia en las cenas.

—Azay...

—Necesito estar solo, Kelya.

—Lo entiendo, pero necesito comentarte una cosa —levantó la cabeza de su escritorio y me miró con su habitual ceño fruncido, aunque a mi no me engañaba, sabía que estaba preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Borban me ha contado que te has dado cuenta que todavía no he tenido el periodo y quiero decirte que no te debes hacer ilusiones. No he sido regular en ese asunto nunca. El estrés, los nervios, la multitud de emociones que he sentido en tan poco tiempo suele retrasarme y...—tomé saliva, estaba hablando demasiado rápido, me había dado cuenta, pero pensaba que cuanto antes se lo dijera, menos fuerte sería el golpe —Tal vez esté más tiempo sin que ocurra nada, pero no significa que pueda estar en cinta.

El rostro duro de Azay se suavizó, pero seguía preocupado.

—Tal vez sea lo mejor — dijo por fin —, en parte ha sido un alivio.

—¿Tan malas han sido las noticias que han traído de la ciudad?

—Sí.

Comprendí al instante que no iba a decirme nada hasta que no tuviera algún plan pensado. Era así de prudente. Me acerqué a él, le dejé el cuenco de comida sobre su escritorio y antes de marcharme no pude reprimir mis dudas.

—Azay...

—¿Hum? — murmuró mientras apoyaba su frente sobre mi estómago.

Estaba cansado y todavía le esperaba una complicada jornada de trabajo.

— ¿Si te hubiera dicho que estaba embarazada, te hubieras alegrado?

Se separó de mí, y sin necesidad de que pronunciara ninguna palabra, supe qué era lo que quería: que me sentara en su regazo para poder

hablarme a los ojos y así lo hice.

—Hubiera sido el hombre más feliz de todo el continente, pero hay que mirarle el lado bueno a las penas.

Me besó con ternura y se entretuvo unos pocos segundos con mis labios. Sabíamos que cuando terminara aquel beso, se iban a acabar los días de tranquilidad que habíamos disfrutado juntos. Nada ni nadie nos aseguraría que hubiera más en un futuro, pero de todo aquello que pensábamos, nos lo callamos.

Me levanté de su regazo, y mientras me dirigía hacia la salida, me dijo:

—Hoy es mejor que duermas con la señora Yutema, será una noche complicada.

El temor me inundó el pecho, y solo esperaba que él no se hubiera percatado, pero no hizo.

Capítulo 10

El ataque

Por fin los sublevados tenían entre sus manos el gran ataque, la embestida definitiva, el último embate que derrocaría la monarquía asher y terminaría con más de una década de terror. Y es que por fin, los Asher habían cometido un error que su pueblo no perdonaría tan fácilmente.

La conquista asher del continente se hizo a partir de un lema: "Acabar con todos los infieles e imponer al Dios verdadero" Todo su pueblo le siguió en esa cruzada religiosa, se perdonaron auténticas atrocidades, se asesinaron a muchas personas y se quemaron centenares de pueblos. Impusieron su religión, su lengua y sus costumbres, tanto los buenos hábitos como los malos. Se legalizó el mercado esclavista, con reglas inquebrantables, no solo porque te lo dijera un papel lleno de palabras, sino porque el propio pueblo lo despreciaba. ¡Qué cínico es el ser humano! Podrían ahorcar a todas las embarazadas y niños de otra región porque les parecía extraños, pero que no se esclavizara a nadie con la que compartieran la misma religión o idioma, que ya venían los remordimientos.

La práctica esclavista se extendió y el número de ciudades destruidas eran muchas, por los que se les explotó por encima de sus posibilidades. Esto no fue un problema hasta que todo el continente fue conquistado y apenas quedaban pueblos infieles, únicamente un puñado de sobrevivientes molestos. Los esclavos pasaron a ser un bien privilegiado y escaso, y ante las insistentes demandas de las clases altas, los Asher tuvieron que inventarse nuevas reglas: "Los cruzados y los conversos con leves antecedentes delictivos serán objeto del mercado esclavista" En un principio no parece una norma tan alarmista, sino fuera porque los Asher se dedicaron los primeros años de su monarquía a perseguir a aquellas familias de políticos y nobles que no estuvieran de acuerdo con sus directrices, los que no murieron, recibieron un fuerte escarmiento y se les impusieron unos antecedentes para darles a entender que no habría un segundo aviso.

Los criados y los campesinos vieron a sus señores reemplazados por otros aún más fieles al régimen asher y a sus antiguos señores humillados bajo las faldas del monarca. Pero esto no era suficiente para la familia real, ellos querían más y más. Ellos querían a todos los Fatusta limpiando el polvo de la infinidad de sus muebles. Detestaban a esa familia desde hacía años, y su enemistad aumentó tras su alianza para unificar los dos mayores reinos del continente a través de la vía matrimonial. Tras la enigmática muerte de la joven Fatusta, su familia decidió llevar a cabo una guerra silenciosa basada en no apoyar más a los Asher. De esto, era más que obvio que la familia real se acabaría enterando y en vez de decapitarlos, decidieron darle una humillación más grande: ser sus

esclavos.

— ¿Estás preparada? — Milo, me miraba con preocupación.

—Sí — dije mientras me frotaba los brazos para recobrar el calor.

Era una noche fría en la que solo tenía un vestido que llevaría cualquier noble, pero sin practicidad alguna.

—Ya sé que he tenido muchas oportunidades para pedirte perdón y aun así no lo he hecho—dijo preocupado —, pero aun así, lamento haberte tratado como una esclava.

—No te preocupes.

—De donde yo procedo no está mal visto la esclavitud, aunque he cambiado mi forma de pensar desde que pertenezco a los insurrectos.

—No te preocupes.

En verdad me interesaban los motivos por que le hicieron quedarse conmigo y no con cualquier esclava, pero no era el momento. Mi cabeza estaba en el ataque que tendría lugar en cuando menos nos lo esperábamos, en los dos carros repletos de esclavos y en las dos decenas de soldados que les custodiaban.

—¿Milo, por qué estás aquí? Es obvio que tú no procedes de una baja casta. La forma de vestirte, de andar, de mirar, de hablar... Todo te delata.

—Mi padre era político y no se mostraba muy a favor de los Asher... Criticó más de lo que debía y...

—No hace falta que me cuentes nada más— no hacía falta ser muy listo para deducir el trágico final de su familia.

—No te preocupes— dijo mientras sonreía, pero era una sonrisa triste—. Asaltaron nuestra casa por la noche, raptaron a mis hermanos y empalaron a mis padres en la puerta de la ciudad con un cartel que rezaba: "Aquí no hay sitios para traidores". Conseguí salvarme porque aquella noche me escapé para ir al prostíbulo— rió de una forma seca y carente de humor—. Como te has podido dar cuenta, no es un secreto que soy un putero.

Le observé con curiosidad, sin dudad era político, sabía qué decir y cómo actuar en cualquier ocasión, pero la verdad es que los ojos le delataban.

Lo había pasado mal, ¿Pero quién no?

—Agradezco a mis dioses que fueras tú el que me comprara aquel día y no otro — confesé —. De cierta forma, me ayudaste a conservar mi esperanza.

—No te preocupes.

Sonreímos, no sé muy bien por qué, pero lo hicimos y se sintió muy bien. Pero esa buena sensación desapareció rápidamente. Los chicos habían dado la alarma, habían hecho sonar el silbato que imitaba al pájaro de la fruta, o como ellos lo llamaban, un binti. Era peligroso porque estos pájaros emigraban a la entrada del invierno, pero siempre había algún binti rezagado. Con suerte ninguno de los enemigos se percataría de ello, y si lo hiciera, no le daría ninguna importancia.

— Tenemos que ponernos en marcha, Kelya.

Asentí. El sol estaba escondiéndose tras las montañas y quedaban pocas horas de luz, pero anduvimos hacia el lugar donde se supone que encontraríamos los carromatos de esclavos. El papel que me habían asignado: la dama en apuros.

—¡Socorro! — grité a pleno pulmón mientras corría — ¡Ayuda!

—¿Qué ocurre? — preguntó el soldado que encabezaba la marcha.

Los soldados llevaron sus manos a la empuñadura de sus armas y se giraron en dirección a donde había provenido.

—¿Señorita, qué le ocurre? ¿Quién le persigue?

—¡Bandidos! ¡Son muchos, mi señor, son muchos! —exclamé mientras me dejaba caer en el suelo y lloraba.

El soldado no se bajó se su montura, ni si quiera le dedicó más de su tiempo a preocuparse por mí.

—Que todos los hombres se coloquen alrededor de la jaula, no queremos que ninguno de esos...

No le dio tiempo a terminar, los insurgentes salieron del bosque en todas las direcciones, tomando desprevenidos a los soldados asher. Mientras tanto, traté de analizar la cerradura a distancia, era de metal y se necesitaba una llave, pero debajo de las faldas había traído un martillo y un trozo de hierro que les sería de mucha ayuda.

Siguiendo con mi papel de dama en apuros, di unos pasos hacia atrás, dejando que mi espalda chocara con los barrotes. Dentro, algunos esclavos jaleaban a los insurrectos y otros se apiñaban entre ellos con el fin de protegerse. Aproveché el contacto visual con uno para dejar de forma desinteresada los utensilios y antes de que forzaran la puerta, salí de aquella batalla sin resultar herida. No era el papel que estaba acostumbrada a hacer, pero Yutema estaba sola y alguien tenía que protegerla.

Capítulo 11

¿Fin?

Corrí hacia el campamento tan rápido como me permitieron las piernas. No me importó arañarme con las ramas de los árboles o que estuviera dejando tanta cantidad de huellas que provocaría que Silas se arrancara los pelos de la cabeza. No me importaba nada más que llegar al campamento lo antes posible, o al menos, lo que quedaba de ello porque cuando llegué solamente estaba Yutema y una hoguera a medio consumirse.

— ¿Qué ha pasado con las demás cosas? —jadeé mientras trataba de recuperar el aliento.

—Los chicos se han encargado de ello, no hay de qué preocuparse.

Incluso ellos contaban con la idea de que aquel plan podría no resultar, por eso escondieron los recursos por todo el bosque. Odié al instante a Azay por ello, nos había metido en un plan en el que ni él mismo confiaba, y conociéndole, moriría con sus compañeros antes de ser el único sobreviviente. Aunque estuviera yo esperándole fuera...

— Chiquilla, baja el paso, no puedo seguirte.

Me detuve ante la súplica de Yutema, que estaba a varios pasos tras de mi con la respiración entrecortada y la mirada suplicante.

— No me había dado cuenta que andaba tan rápido. Perdona.

— ¿Pensabas en los chicos?— no me dio tiempo a responder— Estarán bien, no te preocupes.

— Estoy preocupada por Azay. No me importa que ganen o pierdan, me importa que vuelva sano y salvo.

Me sentí egoísta por decirlo en alto.

— Estarán bien —volvió a repetir.

Me agarró del brazo y me utilizó como bastón para apoyarse, aunque su intención era que de esa forma pudiera controlar el ritmo.

— ¿Y si el plan resulta fracasar, qué pasará?

— No fracasará—volvió a repetir la mujer esta vez con más fuerza y

dejando notar su enfado por mi insistencia.

El silencio se cernió sobre nosotras, y ambas lo agradecimos. La anciana conocía la vida real, sabía cómo funcionaba el poder y cómo pensaban las personas en época de guerra, pero no sabía nada de una vida en paz. Tal vez nunca lo llegáramos a conocer, porque nunca estaríamos en calma con nosotros mismos, los decenas de faltas cometidas por culpa del hambre y del miedo nos dejará conciliar el sueño tranquilos, pero podremos estar en paz con el resto. Nada de dormir con un cuchillo bajo la almohada, nada de vigilar con el rabillo del ojo, nada de sobresaltarse incluso por el ruido de los árboles... ¡Era tan bueno que no podía ni creérmelo! Solo podía pensar en lo malo, en la cantidad de cosas que podían salir mal de toda la operación.

¿Y si los esclavos no se unían a los insurrectos? La lealtad no es algo que se pudiera comprar, tampoco el compromiso y mucho menos el sentimiento de compañerismo, todo ello se ganaba a pulso y tanto Milo como Azay lo tenían. Era muy probable que una décima parte de esos esclavos huyeran, tal vez criados que no entendían por qué les estaban condenando al mismo destino que sus amos. Pero en aquellas carretas también se encontraba la familia Fatusta, sus guardias y guerreros condecorados de alguna batalla olvidada. Además, era un hecho de que aquellos seres humanos no se encontraban en las mejores circunstancias, algunos estaban deshidratados y desnutridos. ¿Serían los suficientes para conquistar una ciudad en la que vivían centenares de personas? Era cierto que el ambiente era turbio, los rumores y las injurias dirigidas al rey aumentaban exponencialmente cada día, pero aun así... ¿Era suficiente con matar al perro para terminar con la rabia? ¿Y si el rey Asher no era más que un títere?

Yutema y yo decidimos no ir por el camino, pero tampoco entre la espesura del bosque. Caminábamos en paralelo a una distancia prudencial, sin hablar. Sin pronunciar ninguna palabra, ni si quiera para poder decir que esta boca era mía. Teníamos miedo, aunque ninguna de las dos se atreviera a decirlo en alto, todo dependía de lo que pasara entre aquellos muros.

— Niña, mira — dijo mientras me daba unos pequeños codazos en el costado.

Varias columnas de humo brotaban desde el interior de las murallas. Las puertas estaban abiertas y el pueblo clamaba algo que no conseguí entender.

— Claman justicia— susurró la anciana. Su rostro mudó de color, estaba

blanca como el pergamino.

Todavía nos quedaba un buen trozo de camino, pero el corazón comenzó a latir con impaciencia.

Cuando llegamos, el alboroto que había en la ciudad se debía a una celebración.

— ¿Qué ha pasado? — le preguntó Yutema a una mujer que trataba de proteger a sus dos hijos pequeños del tumulto.

—Han capturado al rey — dijo la mujer angustiada— ¡Los rebeldes van matarnos a todos! Violarán a nuestras hijas y las colgarán a nuestros bebes de los pies para venderlos.

— Nunca harían eso, señora.

Me llevé a Yutema de allí, no servía de nada discutir con una señora asustada. No quería entrar al tumulto sin saber qué pasaba exactamente, por lo que me subí el poyete de una estatua y fue entonces cuando lo vi. Los insurrectos se habían hecho con la ciudad a una velocidad espantosa, y supuse que fue todo gracias al pueblo que gritaba contento al ver al rey Asher desfilar encima de un burro con un sombrero en forma de cono en la cabeza y un cartel colgado del cuello que gritaba "asno". Pero había más hombres que le acompañaban en aquel desfile, otros miembros de alta clase desfilaban de la misma forma, con sus galas almidonadas y sus sombreros ridículos. Todos lloraban y suplicaban piedad mientras el pueblo les lanzaba boñigas secas y comida en rápida fase de descomposición, todos menos uno. El rey no sollozó, no imploró o apeló a la bondad de los que habían sido sus súbditos, ni si quiera se dignó a mirar a nadie; moriría con la corona puesta y con la vanidad como capa.

— ¿Qué ocurre, niña? ¡Di, por Dios, que me tienes en ascuas!

— Van a quemar al rey en la hoguera, Yute — no fui capaz ninguna palabra más.

Estaba absorta por todo lo que estaban viendo mis ojos. El pueblo se estaba cobrando toda la penuria que le habían hecho sufrir la monarquía asher, y no eran capaces de controlar su ira. Algunos salían de los límites con la intención de golpearles, pero los soldados rasos les devolvían de nuevo a su sitio.

—¿Te encuentras bien, niña?— me preguntó Yutema con tono preocupada.

—Sí.

Pero la verdad era que no, me sentía mareada y tenía ganas de devolver. Me bajé de aquella estatua y y me apoyé del brazo de Yutema. ¿Qué debíamos hacer: ir en busca de algún insurrecto o resguardarnos hasta que los humos se disiparan?

Capítulo 12

Nunca volveremos a casa

Odiaba los malditos barcos, su insistente vaivén y la escasa intimidad que daba. Aun así, los motivos que me habían hecho tomar aquel viaje, valía aquel sufrimiento y más.

— ¿Kelya, te encuentras bien?

—Odio los barcos, Azay.

Su risa invadió toda la habitación.

— ¿Nuestro hijo te está dando un mal día? — preguntó mientras me acariciaba la tripa.

— Me encuentro fatal.

— Ya hemos avistado tierra, ¿quieres ver cómo desembarcamos?

Asentí, y con su ayuda conseguí llegar a proa. No pude evitar sonreír cuando vi el Castillo de Kuyana a lo lejos y a una gran cantidad de personas esperándonos. Chillaban de ilusión, lanzaban flores e incluso algunos lloraban de emoción al pensar que por fin, un everial les gobernaría. Fragmentado el imperio asher y devuelto la independencia a las naciones conquistadas, todos auguraban un buen futuro, aunque eso dependería de los nuevos gobernantes. El pueblo estaba cansado de guerra, no quería venganza y mucho menos de la opresión que habían sentido durante tantos años.

Bajé del barco escoltada por Azay, y nada más pisar el suelo, todo el pueblo empezó a ovacionarnos emocionados. Todos habían conocido a Everial y muchos nos habían ayudado a sobrevivir ya sea con su silencio o con lo poco que tenían, como mantas o comida. Cuando se enteraron de que dos everial serían sus gobernantes, la alegría inundó toda la comarca.

Una sacerdotisa de tez morena y maquillada con pinturas de colores como nuestra cultura indicaba en ocasiones especiales, separó en frente nuestras y esperó a que todos callaran para comenzar a hablar.

— Es un placer dar la bienvenida a nuestros salvadores — dijo en el idioma del imperio para que los insurrectos que nos habían acompañado, pudieran entenderlos. La sacerdotisa se acercó a mí, posó su mano sobre mi tripa y dibujó un círculo imaginario con el dedo—. Los malos tiempos se han esfumado con vuestra llegada. Los dioses han hablado —dijo

tomando unos segundos para darle dramatismo —, ambos iniciaréis un siglo de paz y sosiego a Kuyana. Seréis el vaso de agua al sediento y devolveréis la mirada al humano que ha permanecido invidente durante tanto tiempo.

La sacerdotisa se arrodilló y todo el pueblo la imitó. Azay me tomó de la mano y tras besarme en el lateral de la cabeza, comenzamos a caminar en dirección al que sería nuestro futuro hogar. La multitud comenzó a vitorear, cantar e incluso a bailar al son de la música. No sé por qué lo hice, pero me detuve en medio del camino, obligando a todos a que se detuvieran.

— ¿Te ocurre algo, amor? — me preguntó Azay preocupado.

Levanté una mano indicándole que se callara.

— ¿Trasta? — murmuré sin creérmelo.

La niña se movió en su sitio, nerviosa.

— Amor, dijimos preferir pensar que...

— Azay— le reprendí.

Anduve, hacía la muchacha y me acuclillé ante ella , en la medida que la barriga me lo permitía.

—Trasta — le susurré.

La muchacha se lanzó hacia mí, abrazándome y haciendo que casi estuviera a punto de caerme de culo.

— Kelya... — alcanzó a sollozar la pequeña.

— ¿Trasta, dónde están los demás? — La obligué a separarse de mi cuello e hice que me mirara tras las lágrimas— ¿Dónde están los demás?

Pero Trasta no respondió, comenzó a llorar aún más fuerte e hizo que el miedo me atenazara las entrañas como una comida mal digerida. Solamente pude abrazarla con fuerza para calmarla.

— A Amaru y Anya se lo llevó la fiebre — sollozó en mi cuello.

— ¿Kelya, eres tú? — la voz de Huasi me sorprendió.

Se había hecho todo un hombrecito en poco más de un año, y tras él,

Eira, Cala y el pequeño Koldo me miraban a punto de echarse a llorar.

— Soy yo —dije mientras abría mis brazos y ellos corrían para abrazarme —. He vuelto, nunca os abandoné.

Pese a la alegría que sentía, no reí o lloré de felicidad, no pude hacer otra cosa más que sonreír para tranquilizarlos. Noté cómo Azay se colocaba tras mi espalda y me ayudaba a incorporarme.

— Debemos llegar a casa, chicos — le sonreí, pero no consiguió traspasarse a mi mirada.

Azay, tomó a Trasta, que estaba enredada entre mis piernas, en brazos y la muchacha, lejos de llorar aún más se tranquilizó un poco. Pero no me quitaba la mirada de encima.

Los chicos estaban sucios, necesitaban un baño urgente y tal vez una desparasitación, pero no me importaba en realidad. Sentía que el vacío que había invadido parte de mi corazón desde el momento de mi rapto se difuminaba poco a poco, pero no del todo, no hasta que no supiera de Eissa y de su hijo.

Aunque nunca lo reconocería, Azay también estaba nervioso, pero sabía que aquellos niños no les dirían absolutamente nada. Fue paciente y muy permisivo, dejó que colmara mi atención en aquellos niños incluso aunque detestara que hiciera esfuerzos en mi avanzado estado de embarazo.

—Por fin, estáis limpios —exclamé triunfante mientras peinaba el rubio y largo cabello de Trasta.

—Limpios no te dan limosna, Kelya —comentó Husai mientras le ayudaba a Koldo a abrocharse la chaqueta—. Solamente nos limpiamos al final del mes, cuando la gente anda corta de dinero, para poder robar en el mercado y que los comerciantes no se pongan alerta en cuanto nos vean.

Asentí pensativa. Lo habían tenido que pasar muy mal, a saber que más habían tenido que hacer a cambio de llevarse algo de comer a la boca.

—A partir de ahora no hará falta que hagan nada de eso—les dije mientras dejaba el peine en el tocador—. Yo y Azay nos encargaremos de todo, no tendréis que preocuparos por nada y por nadie. La guerra se acabado, chicos.

Trasta me abrazó por la cintura y Husai, aunque tratara de mostrarse maduro, en realidad quería hacer lo mismo. Besé la cabeza de Trasta y le dije que cuidara del resto de los niños para poder tener una conversación a solas con Husai, aunque era relativo, porque solamente se fueron al otro extremo de la habitación porque se negaban a abandonar mi lado por un

segundo.

—Te has hecho mayor, Husai, tanto que ya no quieres ni abrazarme.

—¡Eso no es cierto! —exclamó a la defensiva y avergonzado el muchacho.

—No te preocupes, Husai—sonreí divertida, pero la diversión me duró poco—. Eissa debía de cuidaros.

—Eissa nos abandonó en cuanto llegamos a Kuyana. Dijo que no podía cuidar de todos nosotros, y que Vania necesitaba su ayuda más que todos—deduje que Vania era la hija que había tenido en aquella húmeda cueva—. Yo no quise saber nada de ella a partir de ese momento. La odiaba, pero Trasta se compadeció de ella y a veces la visitaba en la casa de putas donde trabajaba.

—¿Y ahora dónde está?

—Vaina murió por las fiebres, como Amaru y Anya, pero Eissa culpó a Trasta por contagiar el mal a Vania en alguna de sus visitas.

—¿Y qué pasó? —pregunté incapaz de aguantar el nerviosismo.

—Obligué a los chicos que difundieran el bulo de que Eissa tenía una enfermedad contagiosa por tirarse a un hombre en el callejón de las Ratas y la echaron de la casa de putas —su voz se quebró y rompió a llorar. Se notaba que estaba arrepentido—. Eissa huyó de la ciudad y no supimos más de ella.

Abracé a Husai con fuerza, lo que había hecho no estaba bien, pero tampoco lo había estado Eissa y ella sí que era un adulta. Solamente pude pensar en cómo contárselo a Azay, si es que me atrevía a confesarle la verdad. Aunque claro que lo haría, le diría lo que me había dicho Husai y avanzaríamos de la misma forma que lo habíamos hecho desde que nos habíamos vuelto a encontrar: juntos.